

*Lewis Weinstein*

# HEROJE

algaida  
INTEI

Título original: *The Heretic*

Primera edición: 2012

© Lewis M. Weinstein, 2000, 2003

© Traducción: Ana Hidalgo Jiménez, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-729-1

Depósito legal: M-1746-2012

Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

PREFACIO .....	11
PRÓLOGO .....	15
CAPÍTULO 1 .....	19
CAPÍTULO 2 .....	37
CAPÍTULO 3 .....	57
CAPÍTULO 4 .....	79
CAPÍTULO 5 .....	91
CAPÍTULO 6 .....	107
CAPÍTULO 7 .....	123
CAPÍTULO 8 .....	145
CAPÍTULO 9 .....	163
CAPÍTULO 10 .....	179
CAPÍTULO 11 .....	193
CAPÍTULO 12 .....	205
CAPÍTULO 13 .....	221
CAPÍTULO 14 .....	241
CAPÍTULO 15 .....	255
CAPÍTULO 16 .....	273
CAPÍTULO 17 .....	291

CAPÍTULO 18.....	301
CAPÍTULO 19.....	331
CAPÍTULO 20.....	351
CAPÍTULO 21.....	365
CAPÍTULO 22.....	385
CAPÍTULO 23.....	399
CAPÍTULO 24.....	415
CAPÍTULO 25.....	427
CAPÍTULO 26.....	445
CAPÍTULO 27.....	461
CAPÍTULO 28.....	477
CAPÍTULO 29.....	497
CAPÍTULO 30.....	525
CAPÍTULO 31.....	533
CAPÍTULO 32.....	549
EPÍLOGO .....	577
APÉNDICE.....	581
AGRADECIMIENTOS .....	595
FUENTES DOCUMENTALES Y LECTURAS ADICIONALES	597

DEDICADO A  
*Patricia,*  
*que es mi vida.*

Y a  
*Benjamin,*  
*que perdió tanto tan pronto.*



## PREFACIO



por Monseñor Thomas J. Hartman

**M**ARC GELLMAN Y YO DISCREPAMOS EN RARAS OCA-  
siones. Somos los mejores amigos. En el mundo  
hay muchos mejores amigos, pero el hecho de que  
él sea rabino y yo sacerdote ha llamado la atención a algunas  
personas. La gente nos ve en *Good morning America*, en *Imus  
in the morning* o en nuestro propio programa, *God squad*. In-  
tentamos observar el mundo y encontrar un rayo de esperanza,  
más allá de nuestras respectivas creencias religiosas, que llegue  
al corazón de la espiritualidad correspondiendo a Dios y a  
nuestro prójimo. Nos dedicamos a esto desde hace trece años y  
han sido pocos nuestros desacuerdos y momentos tensos.

Marc y yo tratamos este asunto una noche en un canal de  
televisión local. Hablábamos del convento de Auschwitz. Yo  
estaba muy indignado. Un rabino judío, Avi Weiss, junto con  
un grupo de fieles, había saltado la tapia del convento para re-  
zar en señal de protesta. Esto sobresaltó y asustó al grupo de  
monjas contemplativas, que habían construido el convento en  
Auschwitz para rezar por las víctimas del Holocausto.

—¿Cómo puedes tú o cualquier otro judío apoyar un he-  
cho cómo ese? —pregunté a Marc—. Si los judíos conocieran

a esas hermanas se darían cuenta de que son abnegadas, santas y que solo se dedican a rezar. Se comprometieron a redimir el horror de los asesinatos masivos y de la destrucción.

Marc escuchaba. Su rostro me decía que estaba buscando la manera más cuidadosa de compartir algo doloroso conmigo. Se giró, me miró a los ojos y dijo:

—Tom, no te das cuenta del significado que la cruz de Jesús tiene para nosotros, los judíos. Para vosotros, la cruz representa la esperanza y la salvación; para nosotros representa la desesperación y la destrucción. Durante la época de la Inquisición y las Cruzadas los cristianos llevaban la cruz como estandarte mientras asesinaban a miles de judíos. Mataban a judíos y musulmanes en nombre de la cruz. Durante los pogromos persiguieron y violaron a nuestro pueblo en venganza por la muerte de Jesús a manos de judíos.

La propia tía de Marc sufrió los abusos de gente que, al salir de un oficio en Semana Santa, buscaban a un judío sobre el que descargar su ira por la muerte de Jesús.

No me di cuenta de la intensidad de sus sentimientos por este asunto hasta que hicimos aquel programa. Aquello me desconcertó. Lo que para mí era símbolo de esperanza y amor redentor, la cruz, para él era símbolo de destrucción. Reconociéndolo por primera vez, pude ver por qué un judío se ofendería al ver una cruz en el sitio donde tuvo lugar una de las mayores masacres cometidas contra los judíos en la historia de la humanidad. Me giré y dije:

—Marc, si eso es lo que la cruz representa para los judíos, quizás deberíamos quitarla.

—No —dijo Marc—, quizás deberíamos construir una sinagoga al lado del convento para poder rezar juntos.

*Hereje*, de Lewis Weinstein, me sirvió para comprender lo que fue la Inquisición. Conocía a grandes rasgos las atroci-



dades cometidas por los cristianos, pero el libro de Lewis me mostró las situaciones tan desagradables en las que pusieron a mucha gente buena para que salvaran sus vidas. No es una imagen agradable. De un modo u otro sus vidas quedaron marcadas por completo. Pero *Hereje* nos hace recordar una historia que no deberíamos olvidar.



## PRÓLOGO



**N**O. NO SALGAS DE AQUÍ —Suplica ella.  
—Tú quédate dentro —ordena él.  
Ella le grita a su hijo:

—¡Corre! ¡Alcanza a tu padre! ¡Rápido!

Ella sigue a su suegro hasta la puerta aterrorizada por lo que teme que va a pasar.

El anciano llega a la calle al mismo tiempo que el primero de ellos dobla la esquina. Camina derecho hacia ellos, retroceden, la muchedumbre aún no tiene el valor de atacar a quien no teme a nada. Gritan:

—¡Cerdo judío!

—¡Asesino de Cristo!

—¡Adorador del diablo!

Él alza las manos y, sorprendentemente, la muchedumbre enmudece.

—¿Por qué me llamáis judío? —dice con voz suave—. Estoy bautizado como vosotros.

—¡Mentiroso! Sabemos lo que hacéis los judíos conversos. No trabajáis los sábados y no coméis cerdo. Solo os hacéis pasar por cristianos.

—Eso no es cierto. Dejé la religión judía hace mucho tiempo. Mojé mi cabeza en vuestra agua bautismal y he sido un buen cristiano desde entonces.

Sonríe, casi riéndose, sabe que no les ha convencido, que nada de lo que diga les hará cambiar de opinión. Pero no tiene miedo. Se mantiene firme. Muestra una espeluznante tranquilidad.

—Decís que soy judío. ¿Por qué? No rezo al Dios de Israel. Voy a la iglesia y cumplo con los sacramentos. Mi hijo no está circuncidado.

Se da la vuelta. Le siguen. Se gira para enfrentarse a ellos. Es la hora, después de mucho tiempo. Es hora de ser judío.

—¿Es esto lo que queréis? —grita furioso.

Deliberadamente se pone en la cabeza su casquete, tira de debajo de su capa y saca un largo fular blanco, el chal de oración de un sacerdote judío, el talit<sup>1</sup>. Lo sostiene con solemnidad frente a él, y sus ojos ancianos se esfuerzan por ver palabras marchitas. Reza en silencio, en hebreo: «Bendito seas Tú, oh Señor, Dios nuestro, rey del universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has ordenado cubrirnos con el talit».

Levanta y gira el talit. La tela de color blanco puro se despliega, planea majestuosamente en el aire y se posa con delicadeza sobre sus hombros. La levanta para cubrirse la cabeza, esconde la cara, cierra los ojos con fuerza. Está en otro lugar.

Ella piensa que reza por todos los años que ha perdido y, quizás, también por los que vendrán, aunque él no esté: «Oh Dios de Israel que desees arrepentimiento, permíteme arrepentirme de la insensatez de mi bautismo. Oh Dios de Israel que perdona,

---

<sup>1</sup> *Talit*, prenda alargada, parecida a un manto, con flecos en los extremos que los judíos utilizan para la oración de la mañana, colocándose sobre la cabeza o sobre los hombros. También conocido como *taled*. (N. de la T.).

*perdóname por rechazar deliberadamente tus mandamientos. Oh Dios de Israel que redime a su pueblo, acéptame y permíteme una vez más caminar por tus senderos».*

*Alza la voz sabiendo el efecto que tendrá el extraño sonido de sus palabras en hebreo:*

שמע ישראל  
Escucha, oh Israel,  
יהוה אלהינו  
*el Señor es nuestro Dios,*  
יהוה אחד  
*el Señor es uno.*

*La multitud lanza un grito ahogado. Se alzan las espadas.  
—¡Jesús de Nazaret no es Dios! —grita—. ¡Solo existe un Dios, y Él es el Dios de Israel!*

*La primera espada se lanza contra un lado de su cabeza, haciendo caer el casquete al suelo. Una segunda hoja brillante se desliza dentro de su hombro. Ensangrentado, no se desvanece. Pronuncia palabras en hebreo lentamente y con fuerza:*

ברוך שם כבוד מלכותו לעולם ועד  
*Bendito sea el nombre  
de su glorioso reino  
por siempre.*

*La espada manchada de sangre vuelve a brillar y él sonrío, es el último acto de su vida.*

*Ahora todos tienen valor. Saben cómo pisotear a un hombre muerto. Los garrotes y las piedras borran sus rasgos faciales. Le apuñalan el pecho. Su túnica se vuelve roja oscura.*

*Ella escucha a los caballos una fracción de segundo antes de que la muchedumbre alce la vista. Su esposo corre hacia la plaza, seis hombres armados van tras él. La muchedumbre se retira, ya han descargado su ira. Él envuelve el cuerpo de su padre con su capa, lleva el cadáver en brazos, con delicadeza y camina lentamente hacia la casa.*

*El niño se agacha para recuperar el talit ensangrentado de su abuelo del lugar donde ha caído.*

1  
✻

*Seis años después*

—**P**ERDONADME, PADRE, PORQUE HE PECADO.  
—Que el Señor esté en tu corazón y en tus labios para que puedas confesar tus pecados con dignidad.

Las enormes manos nerviosas del penitente se agarraban a la barra que lo separaba del sacerdote.

—¿Sois vos, padre?

El sacerdote apartó la cortina y el pecador pudo ver sus penetrantes ojos oscuros, enmarcados por unas cejas negras y por el color blanco del interior de la capucha del hábito negro de dominico. Dejó caer la cortina.

—¿Traes información útil para la misión del Señor?

—Los conversos rezarán esta noche en una habitación, debajo de la casa de Jacob Ardit, el sastre.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Estarás allí?

—No soy un necio, padre.

—Gracias por tu ayuda. ¿Quieres confesarte?

El penitente se movió con incomodidad. Justo empezaba a hablar cuando cerró sus labios suspirando y entonces, al final, dijo con voz ronca:

—Solo el pecado de delatar a aquellos que confían en mí.

—Pero lo haces por su bien —afirmó enérgicamente el sacerdote con voz suave y profunda—, para que sus almas puedan ser salvadas.

Entonces, volviendo al tono de confesión formal dijo:

—Que Dios Todopoderoso tenga misericordia de ti, que perdone tus pecados y te lleve a la vida eterna.

—Amén —susurró el penitente, ansioso de que acabara el encuentro.

—Por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Ve en paz —dijo el sacerdote—. Puedes estar tranquilo. —Hizo una pausa y después añadió —y tus hijos.

Se levantó para irse. El hombre corpulento se quedó sollozando en silencio con la capucha dibujada alrededor de la curva de su cabeza.

—Don Alonso quiere veros ahora.

El orfebre se enderezó y estiró el cuerpo, agarrotado por tantas horas en el banco de trabajo. Le pasó una lima a su hijo, que trabajaba a su lado, se quitó el mandil de la cintura, estiró su amplia túnica y las calzas oscuras, se colocó el sombrero sin ala con firmeza en la cabeza y echó mano de su capa. Al salir a toda prisa de la tienda, entrecerró los ojos por el brillo del sol de la tarde. El mensajero ya había desaparecido.



A sus cuarenta años, Gabriel Catalán era un hombre con éxito. De estatura media y esbelto, tenía el cabello oscuro y rizado, con algunos trazos grises, que le caía hacia los hombros. Las líneas que rodeaban sus ojos resaltaban la apariencia de inteligencia de su rostro limpio y afeitado. Era el joyero más próspero de Sevilla, conocido entre la nobleza, la Iglesia e incluso entre los miembros de la familia real. La tienda de la que acababa de salir era también su casa. La compartía con su esposa Pilar y su único hijo, Tomás. Era una propiedad importante, muy amplia y mejorada después de que las revueltas contra los conversos quemaran una parte seis años antes.

Inmerso en el ajetreo familiar de una tarde de primavera, Gabriel esquivó a dos hombres que cargaban hatos de bienes sobre el lomo de un pequeño burro. Le sonrió a una mujer que llevaba pan en los brazos y una jarra de agua sobre la cabeza. Los edificios blancos y brillantes, aunque solo de dos o, como mucho, tres plantas de altura, parecían imponerse mientras serpenteaba por las calles estrechas. Se deleitaba con el olor del arrayán, con el sonido de las pequeñas fuentes borboteando en las plazas, con las palmeras que superaban en altura a los edificios. Las entradas mostraban azulejos de colores vivos y daban una breve imagen de los frescos interiores. Gabriel avanzaba a toda prisa bordeando el gran muro del antiguo alcázar morisco, convertido en uno de los muchos palacios del rey Enrique IV de Castilla.

La casa de don Alonso dominaba la frontera norte de la ciudad, cerca de la Puerta de Carmona. Gabriel llamó a la enorme puerta de entrada y un sirviente ataviado con la distintiva túnica azul del personal de la familia Viterbo, le reconoció. El sirviente abrió la pesada puerta y lo acompañó hasta unos bancos de madera oscura que había en un patio.

—Por favor, esperad aquí. El señor Viterbo se reunirá con vos en breve.

—Gracias Miguel.

Gabriel dobló cuidadosamente su capa y la colocó, con su sombrero, encima del banco más cercano a él. Se preguntaba por qué le habrían citado.

Su amigo, don Alonso de Viterbo, era el converso más importante y acaudalado de Sevilla. Los intereses comerciales de los Viterbo llegaban más allá del mar Mediterráneo, hasta Constantinopla por el este y rodeando el mar del Norte hasta Brujas. Y casi no había un negocio rentable en el que él no participara. Pero su verdadera riqueza, la base de todo lo demás, venía de su puesto como recaudador real de impuestos de toda la zona sur de Castilla, conocida como Andalucía.

La comunidad de conversos de Sevilla contaba con unas ochocientas familias, todas eran segundas o terceras generaciones descendientes de judíos a los que obligaron a convertirse por la campaña que llevaron a cabo los sacerdotes dominicos, que se extendió por toda Castilla en el año 1391 y posteriormente en el 1412. Debidamente bautizados, estos conversos siguieron un camino que los llevó a la riqueza y al poder que se les negaba como judíos. Destacaban en el comercio, el ejército y las leyes, en las universidades y en los cargos públicos, donde eran más criticados. Remplazaron a los judíos en la administración real e impulsaron su camino hacia los concejos municipales, donde, a menudo, sustituían a los cristianos viejos. Incluso entraron a formar parte de la Iglesia. Hubo descendientes de judíos que fueron obispos de Coria, Córdoba, Cartagena y Burgos y un arzobispo de Toledo. Muchos se casaron con gente de la nobleza que pertenecía a los cristianos viejos, incapaces de resistirse al encanto de sus riquezas.

Pero a pesar de todo, se les seguía considerando como forasteros, los llamaban cristianos nuevos para diferenciarlos de aquellos cuya línea de sangre no estaba marcada por tener antepasados judíos. El desprecio hacia ellos, que bullía por debajo de lo superficial, vagamente lo controlaba la autoridad de los monarcas y de los arzobispos, que necesitaban sus servicios.

Gabriel y don Alonso se habían unido mucho en los últimos años. Desde la violenta muerte de su padre, Isaac, Gabriel había buscado sus raíces judías. Encontró en don Alonso un aliado y ahora pertenecían a los pocos conversos en Sevilla que aún intentaban practicar la religión judía.

La soledad de Gabriel se esfumó cuando apareció don Alonso. Sin decir una palabra, condujo a Gabriel a una estancia interior más privada, donde los sonidos se amortiguaban con los tapices flamencos de las paredes y las pesadas alfombras persas de los suelos. Varios centímetros más alto que Gabriel, don Alonso siempre iba ataviado de forma elegante. Su bata roja oscura con los filos bordados en oro se abría por delante para dejar ver los ricos pliegues de su túnica gris que le llegaba hasta el suelo. Sandalias de piel de cabra, con suelas suavemente acolchadas, sobre el suelo de mármol. Los hombros de don Alonso eran anchos y musculosos. Llevaba puesto un lustroso turbante de seda dorada. Una barba muy recortada completaba su imponente presencia. Gabriel se sentía orgulloso de la apariencia de su amigo, tan distinta a la suya propia que era tan sencilla.

—Por favor, discúlpame por interrumpir tu trabajo, pero... ¡tengo algo que enseñarte!

Gabriel se sorprendió por el inusual entusiasmo reflejado en la voz y en los ojos de su amigo. Don Alonso siempre estaba tranquilo. Aquel día no. Abrió un armario y sacó una caja plana de madera sosteniéndola con las dos manos, como un sacerdote cuando prepara el altar.

—«Enseñarás la palabra de Dios a tus hijos» —dijo don Alonso—. Esta es la obligación principal de todo padre judío y he aquí los medios que nos permitirán cumplir con los mandamientos de Dios.

Abrió la caja y desdobló una tela gruesa que protegía lo que contenía. Sacó un pliego de papel enrollado, aflojó un ancho lazo azul y, ceremoniosamente, alisó la página, sujetándola con cuatro gruesos candeleros de oro. Gabriel vio dos columnas escritas en latín en un papel de alta calidad. Don Alonso leyó en voz alta:

—«Habéis de ser santos para mí, porque Yo, el Señor, soy santo y os he separado de los demás pueblos para que seáis míos».

—¿Es una copia de nuestra Biblia? —preguntó Gabriel.

—Es nuestra Biblia, no una copia —dijo don Alonso—. Ninguna pluma ha tocado este papel —aceleró la voz—. ¡Mira! No hay líneas que guíen al escribiente. Estas palabras no las ha escrito una mano humana.

Gabriel estaba asombrado de ver cómo la mano de don Alonso temblaba al señalar.

—¿Y cómo se ha escrito si no ha sido con una mano? —preguntó.

—Con un nuevo método de un hombre llamado Johann Gutenberg.

Don Alonso metió la mano en la caja y sacó varias piezas pequeñas de metal.

—Esto se llama tipo —dijo—. Con esto, Gutenberg puede producir una página completa de una sola vez... Muchas páginas, todas idénticas. Y muy rápido también, como si fuera magia. —Don Alonso hizo una pausa—. Hace un año que murió el rey Juan —dijo— y el rey Enrique no hace nada para proteger a los conversos como hacía su padre. Sin la protección de la corona, no tenemos futuro aquí. Todo el odio que estalló

hace seis años aún está presente. Los cristianos nuevos no tienen futuro en España.

—Quizás esta es la forma que tiene Dios de pedirnos que volvamos —dijo Gabriel sonriendo.

—Bueno, si eso es así, muchos conversos no han oído la llamada —rio don Alonso. Después volvió a ponerse serio—. Algunos de nosotros, o al menos nuestros hijos, volverán a ser verdaderos judíos. No sé dónde. Por supuesto que en España no, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania. ¡Nos han expulsado de todos esos lugares! Pero allá donde estemos, necesitaremos nuestros libros sagrados y están desapareciendo muy rápido. Los dominicos han quemado muchos ejemplares de nuestro Talmud<sup>2</sup>. Solo quedan unas pocas copias en toda España. Los grandes trabajos de Maimónides<sup>3</sup> y del rabí Nahmánides<sup>4</sup> casi han desaparecido. También la poesía de Salomón ibn Gabirol<sup>5</sup> y de Yehuda Haleví<sup>6</sup>. ¿Quién conocerá estas obras si no las salvamos? Depende de nosotros, de los pocos conversos que aún somos judíos... y Gutenberg nos ofrece un camino.

<sup>2</sup> *Talmud*, conjunto de la Mishná (compilación de las normas que forman la ley judía, que hasta el siglo II se había ido transmitiendo oralmente) y la Guemará (compilación de interpretaciones de la Mishná que hicieron los maestros judíos a partir del siglo II). (N. de la T.).

<sup>3</sup> *Maimónides*, (1135-1204) filósofo y teólogo judío que nació y vivió en España hasta 1160, cuando tuvo que huir de las persecuciones que tuvieron lugar en Al Ándalus a Fez. (N. de la T.).

<sup>4</sup> *Nahmánides*, (1194-1270) rabino judeo-español, filósofo, talmudista y cabalista. También ejerció la medicina. Fue, en su época, la mayor autoridad rabínica. En el judaísmo se le conoce como Ramban. (N. de la T.).

<sup>5</sup> *Salomón ibn Gabirol*, (1020-1059 o 1070) filósofo y poeta judeo-español. Nacido en Al Ándalus. Entre sus obras destaca el tratado *La fuente de la vida*. (N. de la T.).

<sup>6</sup> *Yehuda Haleví*, (1085-1143) poeta y filósofo judeo-español. Entre sus obras destaca el *Himno de la creación*. (N. de la T.).

Don Alonso se inclinó para acercarse más y habló en voz baja.

—Necesito tu ayuda. La de Rodrigo y Francesco también. ¿Los traerás contigo esta noche? Gutenberg está aquí, en mi casa, y él os lo explicará.

Las cosas iban demasiado rápido para Gabriel. No comprendía cómo las piezas de metal de Gutenberg salvarían los manuscritos hebreos. Pero si don Alonso decía que era así, entonces es que tenía que ser verdad.

—Por supuesto —respondió.

Gabriel echó un vistazo rápido a ambos lados antes de entrar en la pequeña tienda del sastre. No tenía la intención de ir a rezar aquel día, pero la conversación con don Alonso dirigió su mente hacia asuntos judíos y allí estaba.

—Buenas tardes señor Catalán —dijo una muchacha.

—Hola Esther. —Gabriel vio a su hermano pequeño y añadió—. Y hola a ti también, Ruyo.

Apareció su madre, una mujer de baja estatura y de rostro redondeado y amable. Vestía una túnica oscura de confección más bien tosca que le llegaba casi al suelo, holgada excepto en la cintura, donde se ajustaba con un cordón del mismo material. Llevaba la cabeza cubierta con un turbante ajustado cuyo extremo le colgaba sobre el hombro. Los niños vestían con túnicas similares, pero no llevaban el pelo cubierto. Esther llevaba el pelo recogido en una trenza que le llegaba por debajo de la cintura.

—Cómo crecen —dijo Gabriel—. Esther es ya una joven dama. ¡Y qué grande está Ruyo!

Miriam Ardit sonreía, pero pronto se le borró la sonrisa.

—Temo por ellos.

Gabriel sabía que su temor no estaba fuera de lugar. La vida en Sevilla era caótica desde la muerte del rey Juan. Los nobles se enfrentaban entre ellos y cuando los soldados no tenían trabajo que hacer, abusaban de los campesinos y de la gente de la ciudad. A menudo los judíos eran el blanco perfecto. Enrique, el impotente rey de Castilla, no hacía nada.

—¿Ha venido alguien más? —preguntó.

—León y Ruiz, hace unos diez minutos. Jacob ha ido a la sinagoga.

—Ojalá pudiera estar con él —dijo Gabriel en tono suave.

—A él también le gustaría.

Gabriel siguió a Miriam a través de la pequeña sastrería, que hacía las veces de sala de estar para los Ardit. Habían apartado de la mesa el trabajo de Jacob y habían colocado los platos para la cena.

Como cada vez que iba a rezar, Gabriel pensó en lo extraordinaria que era la familia Ardit por ayudarles. A muchos de los que seguían siendo judíos, que nunca se habían convertido, no les gustaban los conversos, no confiaban en ellos y no ayudarían a quienes consideraban que eran traidores de Dios. Pero don Alonso había llegado a un acuerdo con Jacob Ardit y su pequeño grupo rezaba allí, una o dos veces por semana, desde hacía casi dos años.

—¿Cómo está Pilar? —preguntó Miriam.

—Está bien —respondió Gabriel.

Sin embargo, unos sentimientos de reproche y culpabilidad lo asediaron al oír el nombre de su esposa. Pilar odiaba todas las actividades judías secretas que él había puesto en marcha en los últimos años, pero no las odiaba tanto como que usara la casa de los Ardit. Pilar y Miriam eran amigas desde la infancia y le enfurecía el hecho de que Gabriel y los demás hicieran correr tal riesgo a la familia Ardit. La primera vez que

Gabriel le habló de ello no le dirigió la palabra durante semanas y su enfado estallaba cada vez que él iba allí.

«Sería mucho mejor si Pilar compartiera su judaísmo, pensaba él». Como él, sus abuelos habían sido judíos y, como él, se convirtieron bajo coacción. Pero nunca se había practicado el judaísmo en su familia e incluso, en su amistad con Miriam, trataban de evitar temas que tuvieran que ver con la religión. La muerte violenta de su padre convenció a Gabriel de que debía llegar a ser tan judío como pudiese y Pilar se quejaba de que era un insensato y un egoísta por seguir un camino que podía destruir fácilmente a su familia y poner en peligro a toda la comunidad de conversos, muchos de los cuales no estaban interesados en nada que estuviera relacionado con el judaísmo. Saber que ella tenía razón le angustiaba aún más.

Miriam apartó la amplia cortina que separaba el dormitorio de la habitación principal y Gabriel la siguió. Ella apartó varias almohadas y separó la cama de la pared, dejando a la vista el contorno de una puerta oculta con anterioridad. Gabriel le ayudó a apartar un panel de madera, se agachó y pasó a través del hueco. Tras él, Miriam volvió a colocar el panel.

Bajó una larga escalera de piedra, apenas iluminada por varias velas gruesas, y se unió a otros cinco hombres en la penumbra. Este pequeño grupo representaba más o menos a la mitad de los conversos de Sevilla que eran judíos en secreto. La habitación era pequeña y cálida y el ambiente estaba cargado porque había muchas velas encendidas. Paredes encaladas, una alfombra gastada sobre el suelo de tierra, ningún mueble. Nada de aquel lugar que revelara su secreto, excepto el sencillo libro de oraciones que Jacob Ardit dejaba para ellos y que quitaba cada noche después de que se hubieran ido.



Estos judíos poco usuales no insistían en la necesidad de ser diez hombres para un *minyán*<sup>7</sup>. Nunca llevaban *tefilin*<sup>8</sup> ni chales de oración. Solo oraban rápido y desaparecían tan subrepticamente como habían llegado.

Había tres formas de entrar: una a través de un largo pasaje que empezaba cerca del muro del alcázar, otra estaba oculta en un patio interior unas manzanas más allá, y la tercera, la que Gabriel acababa de usar, venía de la casa de los Ardit.

Francesco Romo entró apresuradamente desde el pasaje del alcázar cuando la ceremonia había empezado. Las mangas sueltas de colores de su camisa de seda, sus apropiadas y ajustadas túnica y calzas y la larga espada morisca sujeta con correas a un cinturón de piel, hacían un contraste radical con el sencillo atuendo de los demás. Parecía más castellano que muchos españoles que afirmaban que eran descendientes directos de los antiguos visigodos. Su elegante atuendo, sin embargo, se adecuaba a su profesión. Era uno de los artistas más destacados de Sevilla.

Francesco caminó despacio entre los otros hombres y se quedó al lado de Gabriel.

—¿Ya el *maariv*? —dijo.

—¿Es de noche? —preguntó Gabriel.

—No.

El *minchá*, o el servicio de la tarde, había terminado y la ininterrumpida transición al *maariv*, o el servicio de la noche, había comenzado. Los fieles intentaban llegar a este punto justo cuando cayera la noche, pero bajo tierra no podían más que adivinar la hora.

<sup>7</sup> *Minyán*, hace referencia a los diez varones judíos mayores de edad que son necesarios, como mínimo, para llevar a cabo el culto. (N. de la T.).

<sup>8</sup> *Tefilin*, o filacterias. Un par de envolturas de cuero con correíllas en las que se guardan los pergaminos con determinados pasajes bíblicos. Durante el rezo se llevan atadas una a la frente y otra al brazo izquierdo. (N. de la T.).

—Me has ahorrado el viaje —susurró Gabriel—, don Alonso quiere vernos esta noche.

Francesco asintió sin preguntar para qué. Le habían convocado en muchas ocasiones durante años y él siempre había acudido.

Gabriel repetía con los demás las oraciones que conocía. A veces añadía sus propias palabras de alabanza y de sobrecogimiento. Para él, el rezo le aportaba calma e insatisfacción. Las antiguas palabras en hebreo eran su camino recién encontrado hacia el amor de Dios. Cuando las pronunciaba prometía poner orden en su, a menudo, mundo discordante y sentía la unicidad de la eternidad. Pero nunca podía olvidar que no cumplía muchos de los mandamientos.

Entonces pensaba: «Dios, ¿te sorprende que venga aquí para rendir culto a la vez que ignoro muchas de tus leyes? ¿Qué es más hipócrita, rezar aquí o arrodillarme en la iglesia y comer lo que los cristianos afirman que es el cuerpo de Jesús?».

Rezó en silencio durante varios minutos antes de que le abordara otro pensamiento.

«Dios, sabes que quiero traer a Tomás. Pilar no lo permitirá. Mi hijo ni siquiera sabe que es judío».

Gabriel sollozaba en silencio, cerró los ojos y musitó su anhelo impronunciable.

—Por favor, Dios, ayúdame. No dejes que sea yo el último judío de la familia Catalán.

Llegaron al rezo del *Shemá*<sup>9</sup> y Gabriel repitió las que sabía que habían sido las últimas palabras de su padre:

---

<sup>9</sup> *Shemá*, oración principal del judaísmo que se reza en el servicio de la mañana y en el servicio de la tarde y que recoge los principios fundamentales de la fe judía. *Shemá* significa «escucha». (N. de la T.).

—Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Bendito sea el nombre de su glorioso reino por siempre. «Un Dios, no tres», pensó Gabriel enfadado.  
—¡Sacad a rastras a los judíos! ¡Apedreadles! ¡Prended fuego!

Las voces interrumpieron la oración. La habitación se quedó en silencio. Los hombres se miraron nerviosos mientras escuchaban los gritos de la calle.

—Tenemos que salir de aquí. Rápido, antes de que nos atrapen. Ve a inspeccionar la entrada del patio, yo subiré por las escaleras —susurró Gabriel a Francesco.

Gabriel indicó a los demás que se prepararan para marcharse. Alguien apagó las velas. Apoyándose en las húmedas paredes, Gabriel subió lentamente la escalera de piedra que llevaba a casa de los Ardit. Cada paso era un triunfo para sus piernas temblorosas. Pero sus zapatos de suela de cáñamo patinaron en los escalones húmedos y su rodilla cayó de golpe contra el suelo y reprimió su quejido en un grito ahogado. Tiritó por el aire frío.

Cuando estaba a un paso del final de la escalera, oyó un estruendo sobre él y se dio cuenta de que no había elegido un camino seguro. Pensó en retroceder pero, por miedo a tropezar en la oscuridad y hacer que les descubrieran a todos, permaneció quieto sin apenas respirar. Vio un haz de luz y pegó el ojo a la rendija en la que se unían el panel oculto y la pared. Entre las almohadas podía ver la habitación de los Ardit. La cortina estaba echada, por lo que no podía ver el interior de la habitación contigua.

Una áspera voz bramó:

—¿Dónde están?

—¿A... a quién... a quién buscáis? —balbució Jacob Ardit.

—¡No me mientas, sucio judío! Sabemos que los conversos están aquí.

Gabriel se encogió de miedo ante los gritos incoherentes y violentos de la muchedumbre, pero la voz de Jacob se hizo más fuerte:

—No hay nadie más aquí aparte de mi familia. Somos judíos, no conversos. Mirad, llevo puesta mi insignia amarilla.

—¡Escoria judía! ¡Te atreves a hablar a Hernando Talavero con tal arrogancia!

Sin previo aviso arrancaron las cortinas de sus ganchos y un soldado enorme vestido totalmente de negro irrumpió en la habitación y en el campo de visión de Gabriel.

Talavero lo acuchillaba todo, furioso. Tiró una mesa cercana a la cama, estampó una jarra contra el suelo, dio patadas al orinal, que cruzó la habitación. El cuchillo atravesó con saña la ropa de la cama. Las plumas volaron.

Gabriel vio cómo los ojos de Talavero, rojos de furia, le miraban directamente. Intentó controlar el temblor de su cuerpo, pero Talavero no se percató del tablero tras las almohadas. Miró hacia otro lado y salió de la habitación.

—Gracias, Dios —exhaló Gabriel.

—¡No! ¡Mi hija no! —gritó Miriam.

Gabriel se había relajado demasiado pronto.

Fijó la mirada horrorizado al ver cómo los soldados de Talavero lanzaban a Esther encima de la mesa rompiendo los platos, extendiéndole las piernas y manoseándole los muslos desnudos.

Jacob Ardit intentó apartar de un empujón a Talavero. Talavero le acuchilló y Jacob gritó de dolor, pero aun así se dirigió a los hombres que estaban atacando a su hija. Talavero alzó el brazo, colocando el afilado acero sobre la cabeza de Jacob.

—¡Deteneos!

El cuchillo salió disparado pero se detuvo justo en el momento en el que la punta tocaba la espalda de Jacob.

En el silencio, Gabriel oía su propia respiración.

—Nosotros no nos enfrentamos a los judíos ni violamos a sus hijas —dijo la nueva voz—. ¡Dejadla!

Gabriel no reconoció la voz, pero sintió lo poderosa que era. Los hombres de Talavero se alejaron de Esther.

—¿Dónde están esos conversos que rezan como judíos? —escuchó Gabriel—. Me han dicho que estarían aquí.

No hubo respuesta. El distintivo hábito negro de un monje dominico entró en el campo de visión de Gabriel y vio un rostro joven cubierto por una espesa barba negra. Unos inteligentes ojos oscuros dirigieron una mirada fiera a la habitación.

Aquellos ojos seguro que podrían ver el pasillo que Talavero había pasado por alto. El monje miró con furia a Talavero y lentamente fue dirigiendo la mirada a todos los miembros de la familia Ardit. Pero no entró en la habitación.

—Marchaos, marchaos de una vez —ordenó con la voz marcada por la indignación.

Los soldados se dirigieron hacia la puerta principal, seguidos por Talavero y el monje. El martilleo en la cabeza de Gabriel remitió.

Entonces sus músculos volvieron a estremecerse al oír el susurro de una voz a escasos centímetros por detrás de él.

—Gabriel, estoy aquí. Soy Francesco.

—Ha sido terrible —masculló Gabriel.

—La entrada del patio está libre —dijo Francesco—, los demás se han ido.

—Vete tú también. Te veré esta noche.

—Ven conmigo.

—Estoy bien. Ya ha pasado todo. Quiero ver si Jacob está herido.

Romo apretó el hombro de Gabriel y volvió a bajar las escaleras. Gabriel apartó el panel y entró con prudencia en la habitación de los Ardit.

En la habitación principal, Miriam y Esther se arrodillaban entre los platos rotos. Ruyo estaba acurrucado en un rincón, como si se hubiesen olvidado de él. Jacob se sentó en la única silla que quedaba en pie, aturdido. Todo su cuerpo delgado temblaba.

—Te está sangrando el brazo —dijo Gabriel mientras se acercaba.

Jacob levantó la vista. Poco a poco volvía la comprensión.

—No es nada.

Pero se estremeció y Gabriel se dio cuenta de que estaba dolorido.

—Ha sido valiente —dijo Miriam, rodeando a su marido con el brazo.

—Nos ha salvado a todos —dijo Gabriel.

—No he sido yo. Fray Ricardo Pérez les detuvo —dijo Jacob.

—¿Ese era Pérez? —preguntó Gabriel entornando los ojos.

Fray Ricardo Pérez, monje dominico, había llegado a Sevilla unos meses antes y don Alonso le había advertido que podría perseguirles. Pérez había sido enviado a Sevilla para encontrar a judíos secretos entre los conversos. Y ya había empezado.

Gabriel se estremeció al recordar la mirada fiera del monje. Pérez sería un temible adversario.